

NATASHA PRESTON

**LA
GEMELA**



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The twin*

© 2020, Texto: Natasha Preston

© 2020, Traducción: Víctor Ruiz Aldana

Traducción publicada por medio de acuerdo con Random House Children's Books, una división de Penguin Random House LLC.

© 2020, Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23290-2

Primera edición impresa en México: enero de 2021

ISBN: 978-607-07-7340-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

1

Hundo las puntas de las uñas pintadas de amarillo en el cuero firme del asiento mientras mi padre conduce de vuelta a casa a punto de superar el límite de velocidad. No ve el momento de llegar, pero preferiría que bajara un poco el ritmo. Se me forma un nudo en el estómago, y contengo el aliento y cierro con fuerza los ojos cuando toma una curva cerrada.

Levanto la vista hacia el retrovisor con las extremidades completamente agarrotadas. Por suerte, mi padre tiene los ojos clavados en la carretera, pero le noto una tensión que me incomoda. Conduce bien, y pondría mi vida en sus manos, pero ir tan rápido no me entusiasma.

El coche, un Mercedes negro, está impoluto y sigue oliendo a nuevo después de un año, así que me sorprende que le esté pisando tanto en carreteras rurales hasta arriba de polvo.

Nuestras vidas han cambiado de la noche a la mañana, y parece tener prisa por empezar de nuevo.

No podemos seguir así. Tenemos que relajarnos y saborear tranquilamente lo que hemos vivido hasta ahora, porque no me apetece para nada lo que nos espera dentro de cinco minutos. No éramos una familia de anuncio, pero quiero volver a mi antigua realidad.

En la que mi madre seguía viva.

Estamos en primavera, su estación preferida. Las flores han comenzado a embellecer el pueblo y el paisaje ha pasado de un verde más bien apagado a un arcoíris de color. También es mi época favorita del año, el momento en el que el sol se deja ver y las temperaturas son suficientemente cálidas como para que no tengas que llevar abrigo.

La primavera siempre me levanta el ánimo, pero, ahora mismo, es como si continuara siendo invierno. No me siento más alegre, y evidentemente me la suda lo de no tener que abrigarme.

Mi hermana gemela, Iris, va en el asiento del copiloto. Mira absorta por la ventana y de vez en cuando saca algún tema de conversación. Ya es más de lo que yo he podido hacer. Lo único que han encontrado en mí ha sido silencio, y no porque crea que la situación lo merece, sino porque no sé qué decir. No tengo palabras para expresar lo que ha pasado.

Todo lo que se me ocurre me resulta cínico e insignificante. No hay nada que pueda llenar el vacío que ha dejado nuestra madre.

Los cálidos rayos del sol primaveral se cuelan en el coche, pero no son lo bastante intensos como para cegarme. Además, me niego a cerrar los ojos y volver a ver su pálido rostro. Tan blanco que parece irreal. Ha desaparecido el tono rosado de sus mejillas. Es como mirar una muñeca de porcelana de tamaño real.

Ojalá no hubiera ido a la funeraria a verla. La última imagen que guardaré de ella será la de su cuerpo inerte.

Las cosas mejorarán cuando retome las clases. Nadaré y estudiaré hasta dejar de sufrir.

O, vaya, eso es lo que creo que me va a funcionar, pero soy consciente de que necesitaré más que un par de distracciones para que el dolor se esfume.

Torcemos hacia nuestra calle y crispo los dedos dentro de las zapatillas de deporte.

Trago tanta saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta que la boca se me queda completamente seca.

Mi padre aminora la marcha, gira hacia nuestra casa y aparca justo enfrente. Vivimos en un lugar que parece estar dejado de la mano de Dios, pero hay como diez casas alrededor y no nos lleva más de cinco minutos llegar al pueblo. Adoro la tranquilidad y la paz de mi hogar, pero creo que va a acabar desquiciándome. En estos momentos necesito ruido y estrés. Me hacen falta montones de distracciones.

Iris es la primera en salir del coche; la suave brisa le ondea el cabello rubio y sedoso, que le llega por la cintura. Ahora vive con mi padre y conmigo indefinidamente.

Nuestra madre murió al caerse desde un puente dos semanas atrás, un día que había salido a correr. Estaba cerca de una granja y el terreno era irregular y muy accidentado. Había llovido y estaba todo cubierto de barro. La barandilla de la parte más empinada del puente era baja —la habían colocado más como un elemento orientativo que por seguridad—, y resbaló. Se ve que tenía poca altura, pero se dio un golpe en la cabeza y murió al instante. O eso nos dijo la policía.

Mi madre corría para mantenerse en forma y poder cuidar más tiempo de mí y de Iris, pero al final fue precisamente eso lo que acabó con su vida.

No soy capaz de procesar su muerte. Llevaba seis años sin vivir con Iris ni con mi madre, desde el divorcio, pero su ausencia permanente me pesa como si tuviera el estómago hasta los topes de plomo.

Para mí fue un alivio cuando, a los diez años, mis padres nos llamaron a mi hermana y a mí para decirnos que se iban

a separar. La cosa venía de lejos, y yo ya estaba harta de aguantar discusiones mientras fingía estar dormida en el piso de arriba. El ambiente era, como poco, frío; apenas se dirigían la palabra, se limitaban a sonreír, como si yo no fuera capaz de ver lo que había detrás de aquella máscara barata.

Iris y yo no llegamos a hablar nunca del tema, pero el divorcio la pilló por sorpresa. No dejaba de chillar y de llorar mientras yo me mantenía muy quieta, planeando en silencio cómo comunicarles que quería vivir con papá. No era una decisión fácil para nadie, pero no nos quedaba otra. Mi padre y yo siempre habíamos tenido una relación más estrecha; tenemos mucho en común, desde películas y música hasta aficiones y comida. Si no estuviera él para darnos las pautas más básicas, se me caería el mundo encima. Mi madre era una persona despreocupada, a veces demasiado, hasta el punto de que, si dependía de ella, yo acababa siempre por no hacer nada.

Además, mi madre siempre quiso vivir en la ciudad, y a mí nunca me hizo gracia el gentío.

Ella e Iris se fueron de casa y, poco después, se mudaron al centro. Yo me he pasado las vacaciones de casa en casa, a veces incluso sin llegar a coincidir con mi gemela por culpa de problemas con los horarios. Ella se quedaba con mi padre mientras yo estaba con mi madre.

Ni los demás miembros de la familia, ni los amigos, ni siquiera los vecinos lo entendían. A los gemelos no se los separa. Que sí, que se supone que deberíamos ser capaces de comunicarnos sin hablar y de sentir el dolor de la otra, pero Iris y yo nunca hemos tenido una relación así. Somos como el agua y el aceite.

Nuestra relación es distante, así que, a pesar de que es mi hermana, me da la sensación de que se viene a vivir con nosotros una prima lejana.

Sigue teniendo su propia habitación, que, de hecho, redecoró el año pasado con la ayuda de mi padre cuando vino de visita en verano. Lo que pasa es que ha traído mogollón de cosas de casa de mamá. Lleva la maleta hasta arriba.

La veo acercarse a la puerta principal mientras papá apaga el motor. Tiene llaves, claro, así que entra como Pedro por su casa.

Mi padre se rasca la oscura barba incipiente que le sale en el mentón. Normalmente se afeita todas las mañanas.

—¿Estás bien, Ivy? Apenas has abierto la boca desde que nos hemos montado en el coche.

—Sí, claro —contesto con la voz apagada.

Es un «sí, claro» que, en el fondo, uso con el significado de «no, para nada». Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en cuestión de segundos. No han hecho falta más que dos semanas para poner mi mundo patas arriba. Y ¿qué pasa con Iris? Era la que estaba más unida a mamá. ¿Qué derecho tengo yo a venirme abajo cuando ella ha perdido aún más?

—Podemos hablar de lo que ha pasado. En cualquier momento.

—Ya lo sé, papá. Gracias.

Desvía la mirada hacia la casa.

—Venga, vamos dentro.

No quiero entrar. En cuanto ponga un pie en el interior dará comienzo lo que a partir de ahora será nuestro día a día. Aún no estoy preparada para dejar atrás el pasado. Hasta que no atraviese la puerta, mi hermana gemela no habrá vuelto a vivir con nosotros porque nuestra madre no habrá muerto.

Obviamente, es una tontería como un piano. Negarme a entrar por la puerta no cambia nada, pero quiero vivir esa ilusión. Necesito más tiempo.

—¿Ivy? —me insiste mi padre, observándome por el retrovisor con ojos llenos de cautela, casi con miedo de que, si vuelve a preguntarme cómo estoy, me derrumbe.

—¿Puedo ir primero a casa de Ty? No tardo.

Frunce el ceño.

—Pero si acabamos de llegar...

—En nada estoy de vuelta. Necesito tiempo. Así también puedes ver cómo está Iris. Te va a necesitar muchísimo a partir de ahora, y yo no voy a estar siempre ahí.

Abre la puerta.

—Una hora.

Salgo del coche y siento cierto alivio al saber que dispongo de sesenta minutos más, y que voy a poder alargarlos a setenta hasta que me llame.

—Gracias, papá.

Cierro la puerta del coche y me vuelvo hacia la casa.

«Pero ¿qué...?»

Se me erizan los pelos de los brazos. Iris me mira desde una de las ventanas de la segunda planta.

Pero no está en su habitación.

Sino en la mía.

2

Tyler vive un poco más arriba, conque no tardo ni un minuto en plantarme en su puerta y llamar.

Sale él mismo a recibirme y, en cuanto me ve, abre mucho los ojos verde hoja.

—Ivy. —Da un paso al frente y me da el abrazo más fuerte de mi vida. Me rodea con los brazos y dejo caer la cabeza en su pecho—. Ay —susurra—. ¿Estás bien?

—Pues no, la verdad —mascullo sobre su camiseta de los Ramones.

—Venga, entra. —Relaja los brazos sin soltarme del todo, y entrecruzamos las manos mientras me acompaña al interior—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hará un par de minutos. Todavía no he entrado en casa.

Me observa confuso de camino a su habitación, volviendo la cabeza cada dos por tres. Aunque sus padres estén trabajando, la puerta de su cuarto se queda abierta. Regla número uno. Si se nos ocurre saltárnosla, no nos dejarán pasar tiempo juntos sin vigilancia.

Ni él ni yo nos la vamos a saltar.

Le suelto la mano y me tumbo en su cama. La almohada

es suavísima y huele a él. Me reconforta y me transmite todo lo que necesito ahora mismo.

La cama se hunde un poco a mi lado cuando Ty se sienta. Se pasa la mano por el pelo castaño, estilo surfero, y me pregunta:

—¿Quieres que hablemos?

Me aprieto el pecho para controlar el dolor.

—No sé qué decir.

—Ivy, no soy ni tu padre ni tu hermana. No necesito que me animes. No tienes por qué fingir entereza delante de mí. Dime cómo te sientes.

Me pongo boca arriba para poder verlo.

—Estoy como perdida, y encima me siento imbécil por estar tan hecha polvo.

—Amor, tu madre ha muerto. ¿Imbécil por qué?

Me encojo de hombros, niego con la cabeza y trago saliva para contener el llanto.

—No lo sé. Lo suyo sería que estuviera más entera. ¿No tengo fama de ser fría como el hielo?

—No, tienes fama de no llorar cuando se separa una *boy band* de esas, no de ser de piedra y no lamentar la muerte de tu madre.

Me encanta que no se sepa el nombre de ninguna *boy band* relevante.

Iris siempre ha sido la más sensible de las dos. Yo soy la racional. No suelo llorar salvo que algo afecte realmente a mi vida. Eso sí: se me da de lujo estresarme y rayarme.

—Iris no ha derramado ni una lágrima, que yo sepa —le digo—. Y yo llevo días llorando. Es como si nos hubiéramos intercambiado los papeles.

Mi padre y yo fuimos a su casa hace once días, cuando sucedió el accidente. Iris estaba como un robot. Se levantaba, se duchaba, se vestía y comía. Ordenaba la casa y veía la tele.

Siguió con su rutina como si nada, sin decir ni mu, como si mi padre y yo no estuviéramos allí. Esta mañana ha sido la primera vez que ha vuelto a hablar en condiciones.

—Cada persona gestiona el duelo a su manera.

Levanto la vista hasta el techo. En general, todo el mundo lo gestiona todo a su manera; lo que no me habría imaginado jamás es que Iris y yo pasaríamos por este trance de una forma tan impropia. Puede que seamos como dos gotas de agua, sin contar con que ella tiene el pelo unos doce centímetros más largo, pero nos parecemos como un huevo a una castaña. ¿Es que ahora nos ha dado por intercambiarnos la personalidad?

Suspiro, lo miro fijamente y susurro:

—No sé cómo puedo ayudarla. Apenas la conozco ya.

—Y eso no tiene remedio, pero lo que tienes que hacer es estar con ella. No se puede acelerar el proceso de duelo; hay que dejar que siga su curso.

Pues no me hace ni pizca de gracia. Me gusta tenerlo todo bajo control. Si hay un problema, busco la solución. Me apaño regular cuando me siento impotente.

Suelta una risita.

—Te prometo que al final aprenderás a hacerlo.

Dejo salir un suspiro y parpadeo varias veces para rebajar el cosquilleo de las lágrimas en los ojos.

—Mi madre se ha ido.

—Ya lo sé. Lo siento muchísimo.

«Recomponete.»

—Me pidió que me fuera un finde con ella el mes pasado —le comento.

—Ivy, no te hagas esto.

—Y le dije que no podía porque me iba a pasar el fin de semana entero en la piscina para preparar una competición a la que no he podido ir porque se ha muerto.

—Ivy —masculla—, tenías cosas que hacer, y tampoco es que fuera la primera vez que pasaba.

Vuelvo a suspirar para contener el vacío que siento en el estómago.

—Que sí, que ya lo sé.

—Cielo, era imposible que supieras lo que iba a pasar.

Se me da bastante mal lo de perdonarme a mí misma. Con los demás ni me lo pienso, pero conmigo es distinto.

Ty niega con la cabeza.

—No puedes estar siempre a la altura del listón que te has impuesto. Somos humanos.

Sí, tiene razón, pero lucho constantemente por alcanzar la perfección, por sacar las mejores notas, ser la mejor nadadora y tener un círculo sólido de amistades y relaciones reales. Soy consciente de que así lo único que conseguiré es fracasar estrepitosamente, y dejaría de exigirme tanto si pudiera.

—Es como si Iris estuviera de visita. Llevamos seis años sin vivir juntas. Seis.

Me acaricia los mechones de pelo rubio con las yemas de los dedos.

—Ya verás cómo te acabas acostumbrando. Te lo prometo.

Sí, pero no tendríamos que vernos obligados a hacernos a algo así. Mi madre ha muerto demasiado joven. Iris y yo somos demasiado jóvenes para habernos quedado sin madre.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes.

—¿No quieres que Iris viva con vosotros? —me pregunta en voz baja.

—No, no es eso. Claro que quiero que esté con nosotros. Pero ojalá no fuera algo forzado, ¿me entiendes? Han cambiado muchísimas cosas y no estoy preparada para afrontar ninguna. Mi madre tendría que estar aquí. ¿Quién me va a acompañar a comprar el vestido para la graduación? La idea

era que se pusiera a chillar en la ceremonia y yo me muriera de la vergüenza. ¿Quién va a ser la primera persona que lllore cuando me pruebe vestidos de novia o tenga un hijo? Se va a perder un montón de cosas. No sé cómo voy a afrontar todo eso sin ella.

Tengo a mi padre, pero ese tipo de cosas no serán lo mismo sin mi madre.

—Ivy —empieza, deslizándose los dedos por la cara hasta la mejilla—. Estará contigo para lo que me has dicho y mucho más.

Sí, pero no. No como yo querría.

—He visto a Iris en mi habitación —suelto, cambiando de tema antes de perder de nuevo el control que he conseguido recuperar hoy.

—¿Y...?

—Me estaba mirando desde mi ventana cuando venía para tu casa.

—¿Le has dicho que te ibas?

—No.

—A lo mejor le picaba la curiosidad.

Me muerdo el labio inferior. Sí, pudiera ser, pero ¿qué pintaba en mi habitación? La suya está justo al lado de la mía, así que podría haber sacado la cabeza también por su ventana.

—Mmm —respondo, sin tener del todo claro hacia dónde va la conversación. Yo también he estado a veces en su cuarto, así que no es para tanto—. Sí, tal vez. Es que me ha parecido raro.

Ty se tumba a mi lado.

—A mí no me parece raro que quiera tenerte cerca. Está viviendo mogollón de cambios; ella es la que ha tenido que mudarse y dejar atrás a todos sus amigos.

Esbozo una mueca al pensarlo.

—Ya, ya lo sé.

Iris ha perdido tantísimo que si estar cerca de mí y de mis cosas la ayuda, por poco que sea, yo encantada. Dios, y yo aquí. Fijo que estaba en mi habitación porque quería estar conmigo, y yo me he ido.

¡La he dejado sola!

Me da un vuelco el corazón.

—Tengo que irme.

Se queda paralizado mientras me acaricia la barbilla.

—¿Ya?

—Mi padre me ha dado una hora, pero...

Soy una hermana nefasta, no hace falta terminar la frase. Asiente.

—Deberías estar en casa con tu padre y con Iris.

—Gracias por comprenderme, Ty.

Bueno, ha sido breve, pero ha valido la pena. Saltamos de la cama y, de camino al piso de abajo, pasamos por delante de la fila de cuadros que retratan el crecimiento de mi novio. En la última estamos los dos juntos, rodeándonos con los brazos y sonriendo en el baile de Navidad del instituto.

Ty me ayuda a verlo todo con otra perspectiva. Me he ido reclusando tanto en una burbuja en la que solo estábamos mi padre, Iris, mi familia materna y yo que no he podido distanciarme lo suficiente como para ver las cosas con claridad.

Salgo de la casa a su lado sin dejar de mordirme el labio. Me he centrado tantísimo en mí misma y en cómo me siento que apenas he pensado en Iris. Quizá podamos estrechar lazos; sería lo único bueno que sacásemos de esta tragedia.

—Llámame si necesitas algo, lo que sea —me dice, apoyado en el marco de la puerta.

Me inclino y le doy un pico.

—Claro. Gracias.

Doy media vuelta y echo a correr por la acera en dirección a casa.

Voy pisando con tanta fuerza el asfalto que a cada paso siento punzadas de dolor en las espinillas, pero no bajo el ritmo. Paso como un rayo por delante de los jardines de los vecinos, con sus setos podados y sus rosales. Cada bocanada de aire me hace arder los pulmones, hasta que alargo el brazo y casi me doy de bruces con la puerta de entrada. Agacho la cabeza y agarro la manilla con los pulmones exigiéndome el oxígeno del que los he privado durante la carrera.

—¿Papá? ¿Iris? —exclamo al entrar en casa.

—Estoy en la cocina —contesta mi padre.

Giro a la izquierda y me lo encuentro sentado a la mesa.

—¿Dónde está Iris? —pregunto, sin aliento.

—Arriba. No quiere hablar.

Vale, he sido una egoísta por haberme ido corriendo en cuanto hemos aparcado.

—Voy a ver cómo está.

Mi padre asiente.

—Yo me pongo con la cena. ¿Qué te apetece?

Me encojo de hombros. Durante los últimos once días no hemos oído nada que fuera nutritivo. Hemos ido comiendo lo que íbamos viendo, sobre todo sándwiches y comida para llevar. Vivo con hambre, pero en cuanto me ponen un plato delante, el estómago se me cierra.

—Lo que sea —contesto, y me voy arriba.

Iris debe de sentirse desubicadísima. No sé si ha hablado con sus amigos, pero yo no la he visto ni tocar el móvil. Es a ellos a quienes necesita ahora, probablemente más que a papá y a mí.

Subo la escalera, tratando de que no se me desmonte el moño que me he hecho para controlar los largos mechones de pelo ondulado, y llamo a su puerta.

—Iris, soy yo. ¿Puedo entrar?

—Claro —responde.

Vaya, esperaba que se resistiera un poco.

Abro la puerta y esbozo una sonrisa sutil mientras accedo a la habitación. Está sentada en el borde de la cama, inmóvil. Sus largos cabellos le cubren el cuerpo como si de una capa se tratara.

—Pregunta chorra: ¿cómo estás? —le digo.

Se encoge de hombros.

—No sé si existen palabras para describirlo.

Tiene los ojos hundidos y unas ojeras tan marcadas que parece mucho mayor de lo que es. Dudo que duerma bien por las noches.

Compartimos el mismo tono de rubio oscuro y los mismos ojos azul pálido.

—Bueno, ¿necesitas algo? —Aparte de lo obvio.

—Tranqui, estoy bien.

Arqueo las cejas y me adentro aún más en la habitación.

—¿En serio?

Me mira fijamente.

—¿Y tú?

—No, yo no. —Entrecruzo las manos—. Podemos hablar... si quieres.

No solemos hablar nunca, o, vaya, al menos no de cosas importantes, profundas. Para eso ya tiene a sus amigos, y yo a los míos. Lo cierto es que es bastante triste que hayamos dejado que se echase a perder el vínculo de gemelas. Es lo único que me apena de haberme quedado con papá cuando ella se mudó con mamá.

Inclina la cabeza.

—¿Podemos hablar?

—A ver, sé que no estamos demasiado acostumbradas, pero nada nos impide intentarlo. O sea, yo estoy dispuesta... y somos gemelas.

—Compartimos útero, fecha de nacimiento y ADN,

pero nunca he sentido que fuéramos gemelas. Apenas hablamos.

La primera en la frente. De pequeñas solíamos charlar hasta por los codos. Me acuerdo de cuando teníamos cinco años y nos colábamos en la habitación de la otra por la noche. No dormíamos en la misma porque ya entonces éramos muy diferentes; su cuarto estaba pintado de un rosa chicle y el mío, de azul marino. Sin embargo, cuando se apagaban las luces, todo daba igual; montábamos una tienda con las sábanas, cogíamos las linternas y nos contábamos todos los cuentos de hadas que nuestra imaginación era capaz de concebir.

Iris se iba a casar con un príncipe inglés y acabaría siendo reina, y yo me dedicaría a viajar por el mundo con un Mustang clásico como el que tenía nuestro abuelo.

Con el paso del tiempo y la separación de nuestros padres, nuestras ensoñaciones murieron y dejamos de compartir las que se nos iban ocurriendo.

—¿Quieres que hablemos, Iris?

Me atraviesa con una mirada que es pura aflicción.

—Quiero mucho más que eso.